

LA PROTESTA

PRECIO 10 cts.

SUPLEMENTO SEMANAL

PORTE PAGO

U. Telefónica 0478 E. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1057

Valores y giro a A. Barrera

REFORMISMO APOLITICO

Se ha generalizado la creencia, que comparten también no pocos camaradas, de que únicamente son reformistas los elementos políticos del marxismo. Fácilmente se puede demostrar que están en un error los que tal cosa sostienen. El reformismo no es, como creen los críticos de la socialdemocracia que se sitúan en el terreno exclusivamente de la lucha de clases, una consecuencia directa y particular de la política: es el resultado de híbridas concepciones político económicas que, actuando en diversos ambientes y asumiendo distintas formas, tienden a realizar un propósito social que no altera en sus bases el orden de cosas establecido.

La práctica del parlamentarismo, por lo mismo que particulariza la acción colaboradora de los socialistas y los aleja cada vez más del punto de partida del socialismo, ha servido para establecer en el movimiento social de todos los países las actuales clasificaciones doctrinarias. Y se califica de reformistas a los que aceptan la política como un recurso para llegar a la colaboración de clases y al "buen gobierno", y de revolucionarios a los que basan en la acción directa el triunfo de la revolución.

Puede que esos dos denominativos hayan servido durante el largo período de relativa calma que terminó con la declaración de la guerra europea para diferenciar dos movimientos distintos en la forma de encarar tácticamente la lucha de clases. Pero la gran carnicería primero y la revolución rusa después — fermentos violentos de las dictaduras gestadas por el autoritarismo marxista — fueron las encargadas de rectificar el viejo concepto revolucionario. ¿Podían llenar las aspiraciones de los anarquistas las vaguedades doctrinarias de un sindicalismo que se declaraba neutral frente a la lucha de las tendencias que prevalecían en el movimiento obrero.

La necesidad de reaccionar contra las infiltraciones autoritarias en la propaganda revolucionaria obligó a los anarquistas a definir su posición doctrinaria y a plantear serios antagonismos a los que más cerca parecían estar de las ideas. Y el primer escollo que encontró el anarquismo al reiniciar la marcha después de un breve período de indecisiones, fue precisamente el del sindicalismo clásico: de esa teoría apolítica, colocada en el término medio del movimiento revolucionario.

Fueron los marxistas conversos al bolchevismo los encargados de revelar la insubordinación subversiva del sindicalismo. De ellos fue, en Rusia, la iniciativa del golpe de Estado que llevó al poder a los apóstoles de la dictadura. Y ese acontecimiento determinó más tarde la subordinación del movimiento obrero a las dictaduras de Moscú, confundiendo las aspi-

raciones libertarias del proletariado con el interés de la burocracia comunista.

Los reformistas apolíticos están situados en el camino de la dictadura. Oponen a la fórmula comunista de la dictadura proletaria y del Estado obrero, el alegato clasista de "todo el poder a los sindicatos". Pero en realidad, excluyendo la tendencia política de los comunistas y sus declarados propósitos dictatoriales, el sindicalismo neutro acepta de hecho todas las contingencias marxistas: basa en el imperio económico del capitalismo la realización de fines económicos que excluyen toda definición política e ideológica.

derivación reformista de una tendencia que parecía ser el resultado de nuestra propaganda y la sólida obra realizada por los anarquistas en medio siglo de agitaciones subversivas y de luchas heroicas, debemos buscarla en la vaguedad doctrinaria de los sindicalistas puros. El sindicalismo no llegó a ser una doctrina, pese al esfuerzo de algunos teorizantes colocados en la guarda-ropa que separa al marxismo del anarquismo. Por eso estuvo y está expuesto a todas las incursiones de los fracasados de la política y de todos los aspirantes a una jefatura en los sindicatos obreros. Debemos persiguir en el error neutralista, empujándonos

Las tendencias que rechazan las ideas "construccionistas" y se sitúan en el término medio de la cuestión social, no podrán nunca llevar a cabo una labor revolucionaria de proyecciones universales. (El universal es, en este caso, lo que abarca al hombre y a la sociedad en sus fundamentos éticos y materiales). Y el sindicalismo, que ni siquiera es un término medio desde el momento que pretende mantenerse en un terreno neutral frente a todas las ideologías, menos podrá convertir a los trabajadores en una potencia revolucionaria que obre sobre las condiciones políticas y económicas del medio social opere en la conciencia del hombre los valores nuevos, las ideas de libertad y justicia que habrán de redimir a los pueblos del pecado original: la esclavitud.

Repitiendo los errores de la socialdemocracia y haciendo suyo el programa de los jefes políticos del sindicalismo, los bolcheviques han creado un movimiento sindical propio, que subordina a su partido. De hecho la Sindical Roja no es otra cosa que el apéndice económico de la Tercera Internacional. El sindicalismo es, para el gobierno comunista ruso, un recurso político que facilita su intervención en el movimiento obrero y le ofrece un arma poderosa para neutralizar los efectos de la propaganda revolucionaria de los anarquistas. (No tiene la Sindical Roja, para el gobierno de Moscú, las mismas funciones que la Internacional anárquica de Amsterdam cumple como instrumento reaccionario de los gobiernos europeos).

No basta, pues, para dar al sindicalismo una orientación revolucionaria, como sugieren a los anarquistas, la adhesión de los trabajadores revolucionarios a la Tercera Internacional. Hay que ir más allá de la acción y de las luchas del capitalismo internacional. Si comparamos esa degeneración del movimiento obrero con la revolución revolucionaria, el costamos que Moscú sigue la misma trayectoria reformista que Amsterdam, ya que ese campo en donde librados los sindicatos obreros, la influencia de los oportunistas que simulan propósitos subversivos para calar en los trabajadores y explotar su ignorancia en beneficio de un partido político sedicente revolucionario.

Las frecuentes derivaciones del sindicalismo debemos buscarlas en su escasa ideología. El interés de clases no es una noción moral superior en los trabajadores, ni los libra del contagio de los autoritarismos que flotan en el ambiente. Y la unidad económica desaparece hasta en el momento en que está en juego cuestiones puramente económicas. El desarrollo material de las naciones, la concentración capitalista, el perfeccionamiento técnico, etc., habrán desarrollado aptitudes y capacidades productivas en el proletariado. Pero ese progreso industrial, aprovechado en su beneficio por una minoría privilegiada, no ha creado por sí



Luz entre sombras

He ahí, pues, el exponente menos conocido del reformismo. Durante muchos años los jefes social democratas que a la vez oficiaban y siguen oficiando de dirigentes del proletariado menos activo, aunque al numéricamente más fuerte, pretendieron dividir el campo obrero en dos distintas zonas de influencia. Ellos se llamaron socialistas en el partido y llegaron a ser diputados, senadores y hasta ministros en gabinetes reaccionarios, practicando la colaboración de clases en desmedro de los más elementales derechos de los trabajadores; pero simulaban también, en los sindicatos, la defensa de las mejoras económicas arrancadas al capitalismo y ofrecían de orientadores del sindicalismo en su calidad de ex obreros ganados por el ambiente burgués y no pocas veces colocados de hecho en el sector de la reacción y convertidos en descarados lacayos del capitalismo.

La degeneración del movimiento obrero revolucionario — del grupo menos numeroso, pero más activo, que se mantuvo hasta la guerra europea en sus posiciones de vanguardia, siguiendo todos los pasos a los jefes social-demócratas — la

en mantener una tendencia híbrida que rechaza los fundamentos doctrinarios del anarquismo y pretende buscar sus motivos revolucionarios en el factor económico con exclusión de toda idea moral o política.

El apolitismo es la negación de toda fe en el porvenir de la humanidad, que sólo podrá redimirse por las ideas. Los neutros, al rechazar sistemáticamente todo compromiso con un "dogma", dejan sentado el concepto fatalista del marxismo: confiar al desarrollo industrial de las naciones y a la prevalencia cada vez más absorbente del capitalismo, la tarea de crear en los pueblos y en los individuos las aptitudes necesarias para preparar y realizar la revolución. Pero como el materialismo histórico sólo se explica mediante realidades económicas y viejas experiencias sociales que carecen de contenido moral para el hombre emancipado — para el propagador de la vida nueva — los trabajadores no podrán nunca emplear ese instrumento capitalista en la difícil y penosa tarea de transformar este mundo de esclavos en un mundo de hombres libres.

mismo valores revolucionarios en la conciencia de los esclavos.

De esta manera no se explicaría el fracaso del anarquismo. Si se llegáramos a la misma conclusión de que los trabajadores no pueden emanciparse del yugo del salario si no se emancipan moralmente del dominio de las religiones que tienen su síntesis violenta y opresiva en el Estado, efectivamente nos explicaríamos el contraste que existe entre el progreso material de las sociedades humanas y el menguado progreso moral de los pueblos. Hay, pues, una equivocación de conceptos y de tácticas en la forma de apreciar el desarrollo materialista de la historia. Y ese error es el que determina el fracaso del anarquismo y esteriliza las energías de los anarquistas que aportan su concurso a esa guerra de explotados y explotadores.

El reformismo apolítico es una plaga engendradora por los autoritarios marxistas. Debemos liberar de ella al movimiento obrero, el es que confiamos que de las organizaciones proletarias ha de surgir la fuerza consciente llamada a liberar al hombre de todos los yugos morales y materiales.

Las vemos al sindicato nuestras ideas, cuando sean motivo de antagonismos y de luchas. La unidad económica del proletariado es una mentira. Y de esa ficción se han valido todos los políticos y todos los oportunistas para hacer del movimiento obrero el campo de sus corrientes y afianzar sobre la ignorancia de los trabajadores su poder de "jefes revolucionarios" que terminaron por tomar la libre de los servidores del todopoderoso capitalismo.

Emilio López Arango



Un tomo en 8.º de 208 págs. \$ 1.20

Todo pedido debe venir acompañado de su importe o nombre de A. Barrera.

MÉXICO 1924 — Buenos Aires

(A fin de evitar posibles errores, recomendamos a los compradores que lo todo pedido que haya de ser enviado por correo se acompañe el correspondiente impuesto para el certificado.)

El anarco-bolchevismo y su rol en la Revolución Rusa

La derrota de la revolución rusa en sus principios y en sus designios originarios significa al mismo tiempo la derrota del anarquismo. Es verdad que esta derrota no es más que puramente material. Siendo el anarquismo un reflejo de las aspiraciones más altas de los trabajadores hacia la libertad y la igualdad, continúa formando su vanguardia en el dominio de la acción tanto como en el del pensamiento. Esto bajo el aspecto ideológico. En cuanto a los hechos, habiendo sembrado las nuevas autoridades la desorientación en las filas de los trabajadores revolucionarios y habiéndolos desalojado de las posiciones conquistadas, han destruido igualmente todas las fuerzas del anarquismo, han aniquilado todo lo que había logrado esbozar prácticamente, han borrado sus elementos mismos.

En todas partes en donde los anarquistas rusos se habían esforzado por afirmar la libertad y la independencia del trabajo, no ha quedado más que ceniza y polvo. Todo anarquista verdaderamente asociado a nuestra causa y a nuestro movimiento debe reconocerlo y tratar de deconstruir las causas de esta derrota.

El anarco-bolchevismo no es de ningún modo un movimiento social o político integral, la manifestación de un pensamiento social o político independiente. Es por una parte el descendiente directo de la mentalidad de decadencia y de apostasía que comenzó a ver la luz del día en las filas del anarquismo ruso después de la revolución de 1905-1907. Por otra parte, es uno de los resultados de la demagogia de Lenin. La victoria obtenida en 1905-1907 por el marxismo sobre la revolución, preparó en una parte de los anarquistas rusos las condiciones psicológicas en las que pudieron desarrollarse el espíritu de apostasía y la tendencia a desear de las filas del anarquismo. Lenin, que trató de adaptar el anarquismo en su conjunto a la teoría tanto como en la práctica, al servicio del bolchevismo, no tuvo ninguna dificultad para adueñarse de ese grupo que se había colocado en un plano inferior. Tuvo por lo demás la habilidad de hacerlo maleable y de servirle de el bajo el aspecto que deseaba imprimir siempre a las relaciones del anarquismo y del bolchevismo, — es decir, de presentarlo bajo los aspectos de un anarquismo verdadero, — el servicio de la idea bolchevista. De este modo el anarco-bolchevismo es el producto de una caída hacia la apostasía en centenares de anarquistas, combinada con la demagogia de Lenin. Nació de tales elementos, el anarco-bolchevismo no podía evidentemente tener destino y existencia independientes; no podía ser nada más que un instrumento en manos del bolchevismo. Pero como instrumento, como palanca puesta en marcha por el bolchevismo, no ha dejado de desempeñar un papel extremadamente nefasto en la revolución rusa.

A fin de evitar todo lo posible en el porvenir los errores en nuestras construcciones organizadoras y socialmente prácticas, importa que sepamos con exactitud cuál fue precisamente ese rol.

Desde el momento de la derrota de la revolución de 1905-1907, algunos anarquistas pertenecientes por su nacimiento principalmente a los estratos intermedios de la sociedad, renegados de su fe. Para los que habían llegado al anarquismo por la vía de los libros, la derrota de la revolución significaba la amarga realidad que comenzó a carcomer sus ilusiones anarquistas platónicas, sin hallar mucha resistencia. Bajo la influencia de esta realidad, la tendencia hacia el abandono del anarquismo se presentó poco a poco a la luz del día, se declaró y se denunció, pero de una manera continua. Sin embargo, la mayoría de ellos

vacilaban en dar muestra de su apostasía, no sabiendo todavía dónde les haría abordar la corriente. Continuaron en las filas anarquistas, llevando el nombre de anarquistas y predicando aún la teoría de los actos extremistas (actos terroristas a lo Ravachol, "expropiaciones", etc.). Pero en el fondo eran los primeros candidatos a salir de las filas del anarquismo y a refugiarse en el seno del partido que tuviera la probabilidad de adecuarse de la situación. Abandonaron ya el ideal anarquista en su alma y trataron de arribar a otras playas más hospitalarias. ¿A cuáles? A las del reconocimiento de la fuerza presente efectiva.

La democracia parecía disolverse entonces como una fuerza a la que pertenecía de hecho el porvenir próximo. Y los apostatas del anarquismo se pusieron a inclinarse del lado de la democracia, y no sólo de la democracia revolucionaria representada por el marxismo, sino de la democracia como tal. En fin de cuentas, esta desviación podía culminar en combinaciones variadísimas del anarquismo con los elementos de la democracia: desde el anarco-bolchevismo hasta el anarco-liberalismo. Y si en lugar de la dictadura del bolchevismo, que figura el ala izquierda de la democracia, hubiese sido el régimen menchevique o el de los constitucionales demócratas (de los cadetes) el que hubiera tomado el poder en Rusia, los renegados del anarquismo habríanse arrojado a ellos, de suerte que en lugar del anarco-bolchevismo habríamos asistido a la formación de un "anarco-menchevismo" o de un "anarco-cadetismo". Esta suposición está perfectamente confirmada por la posición indecisa y vacilante adoptada bajo la "kerenschina" por ciertos anarquistas, anarco-bolchevistas hoy: en efecto, algunos de ellos eran entonces partidarios del régimen de Kerensky contra el bolchevismo que atacaba, otros guardaban una actitud expectante.

En el curso del movimiento revolucionario de las masas, en octubre de 1917, fue el ala izquierda de la democracia, — el partido bolchevista, — la que se posesionó del poder y estableció luego su dictadura en el país. En cuanto esto se convirtió en un hecho cumplido, en cuanto esa dictadura se extendió y se afirmó, los renegados del anarquismo ruso se pusieron al servicio del bolchevismo. Otros, al contrario, adoptando enteramente el estatismo bolchevista, conservaron el nombre de anarquistas y se pusieron como tales al servicio de las ideas bolchevistas. Esta parte de los renegados del anarquismo formó lo que se convino en llamar, bastante erróneamente, el anarco-bolchevismo, que representa el ideal encarnado de Lenin con motivo de la situación del anarquismo: a saber, el anarquismo (bien entendido, no se trata más que del anarquismo desnaturalizado) a las órdenes del bolchevismo.

Según las ideas de los líderes bolchevistas, el sentido y el fin del anarco-bolchevismo debía consistir en defender y propagar el bolchevismo y su dictadura en nombre del movimiento y del ideal anarquistas. Por amplia y sólida que fuese la base sobre la cual asentó el bolchevismo su dictadura, no se puede negar la influencia ejercida por las ideas anarquistas sobre los trabajadores al punto de que en ciertos casos era posible obtener resultados más apreciables operando en nombre del anarquismo y no en el del bolchevismo. Como mujer de casa hábil, el bolchevismo hizo cuanto pudo para sacar provecho de la influencia y de la fuerza del anarquismo, utilizando sus ideas al servicio del estatismo bolchevista. He ahí de dónde nació el anarco-bolchevismo.

El anarco-bolchevismo no tiene ni ideas propias ni tesis políticas y revolucionarias que le pertenezcan; ni una línea de conducta en Rusia. No hace más que repetir servilmente todas las palabras de orden y las tesis del bolchevismo y de

fenderías con un celo igualmente servil. Cuando en 1918 pretendía Lenin a fin de defender su tesis, cuyo único efecto era perpetuar a todo precio su poder, que la paz concluida en Brest-Litovsk con el gobierno del Kaiser alemán no significaba otra cosa que un alto saludable para la revolución rusa, — el anarco-bolchevismo repitió servilmente esa frase incongruente.

En 1921, después de haber sofocado las fuentes vivas de la revolución rusa, — después de haber destruido la machnovschina, las corrientes y las organizaciones de los anarquistas, de los machnovistas y de los socialistas revolucionarios de izquierda, — el bolchevismo se dedicó a realizar, libremente y sin temor a los partidarios de la revolución social desarmados a iniciativa suya, la "nueva política económica" que no es más que la reconstrucción del sistema del capitalismo privado en Rusia. Calificó esta traición ante las masas laboriosas como una medida que "había sido forzosamente adoptada" — "continuación de Brest" en otro término, más vasto esta vez. Y también ahora, como antes, el anarco-bolchevismo se apresuró a repetir con servilismo esa fórmula irrisoria.

Los bolchevistas mismos saben perfectamente que el movimiento machnovista fue verdaderamente un movimiento de masas populares, revolucionario. Pero, ocupando la posición de partido de gobierno, le hicieron una guerra a contrapeso y consideraron como deber suyo calumniarlo, tratando de lesionarlo con el nombre de banditismo. El anarco-bolchevismo marcando los pasos del bolchevismo, hizo circular leyendas sobre el carácter contrarrevolucionario y *bourgeois* de la machnovschina. Y si los medios libertarios de Rusia y del extranjero aun tienen una idea caótica y totalmente errónea de ese sublime movimiento revolucionario de los trabajadores de Ucrania, la culpa corresponde ante todo a los anarco-bolchevistas que se han dedicado sin vergüenza a difundir y a hacer creer a los anarquistas las invenciones más torpes sobre la machnovschina.

Los bolchevistas han sabido muy bien cuán revolucionaria y verdaderamente popular era la sublevación de Cronstadt en el mes de marzo de 1921. Pero también esta vez, en calidad de partido de gobierno, la ahogaron en la sangre de los revolucionarios insurrectos y la calificaron de contrarrevolucionaria. El anarco-bolchevismo ha sancionado y sostenido enteramente con sus ideas este crimen de los bolchevistas.

Si se quiere hacer una comparación entre el anarco-bolchevismo y el anarquismo chino (1) habría que decir que ambos son en idéntico grado siervos del bolchevismo, llegados a él desde puntos diversos, pero movidos ambos por el mismo deseo: adaptarse a la fuerza que existe de hecho, empujando para hacerlo motivos de "orden teórico".

El rol del anarco-bolchevismo en la revolución rusa es criminal en un grado supremo. Ha hecho más que cualquier otro para deformar la idea anarquista en favor del bolchevismo dando por eso a este último las más grandes razones y facilidades para aplastar al verdadero anarquismo y el verdadero movimiento libertario en Rusia. Es él quien ha contribuido a deformar el pensamiento anarquista en las masas, inyectándole el veneno del estatismo e invocando sin embargo el falso anarquismo; es él quien no cesa de llevar la desorganización a las filas libertarias inculcándoles la doctrina bolchevista.

El bolchevismo, que ha comenzado a funcionar en Rusia como sistema estatista, no podía ocular como tal más que daños de orden material al joven movimiento anarquista; no estaba de ninguna manera en situación de combatir las ideas anarquistas frente a las masas laboriosas. Fue justamente con ese propósito que el servicio del anarco-bolchevismo y este fue un gran recurso. Esta mala idea, defendida la causa del bolchevismo en nombre del anarquismo, apoyó de todas las medidas prácticas de los nuevos gobiernos, calumniando y desmoralizando toda actividad de oposición. Conquistó de esa modo dentro las grandes masas revolucionarias que experimentaban simpatía por el anarquismo. Las masas

se perdían en esas diferentes teorías, no siendo capaces de distinguir la propaganda anarquista verdadera de la falsa; el ímpetu, el impulso, la idea anarquista eran obstaculizadas. Obrando de esa suerte, el anarco-bolchevismo impedía además al anarquismo hacer una oposición integral, fuerte y brillante al bolchevismo. A los ojos de las masas el anarquismo se confundía continuamente con el anarco-bolchevismo y por consiguiente producía la impresión de una fuerza indecisa, vacilante. Es aquí donde hay que buscar una de las principales razones por la cual el anarquismo no ha podido llegar solidamente con las masas desde el punto de vista de la organización y por la cual los bolchevistas consiguieron siempre destruir con tanta facilidad el movimiento y las organizaciones libertarias, arrastrar tan impunemente a los campeones del anarquismo.

La relación al movimiento anarquista, el rol de los anarco-bolchevistas ha consistido sobre todo en esto: que mientras las autoridades soviéticas aplastaban el movimiento por la fuerza de sus divisiones militares y de la cheka, el anarco-bolchevismo lo sofocaba por decirlo así mediante la palabra. Cada declaración, cada gesto, cada salida del anarco-bolchevismo no eran más que un ataque cerrado contra el anarquismo, sus ideas, sus organizaciones y actos prácticos. Los ataques eran tanto más vehementes cuanto más brillo y arranque manifestaba el movimiento. Todas las formas y todos los matices del movimiento libertario en Rusia — el movimiento del anarquismo unificado ("Nabat"), la machnovschina, las conferencias y los congresos anarquistas y anarco-sindicalistas, toda organización de anarquistas y hasta cada anarquista en particular — todos sufrieron los ataques furiosos del anarco-bolchevismo.

En relación a las clases laboriosas — el proletariado de las ciudades y los campesinos trabajadores —, mientras que el bolchevismo introducida por los medios de la dictadura un régimen político y económico, el anarco-bolchevismo se apresuraba a hacer dirigir y esto en nombre del anarquismo — las masas sobre los carriles de ese régimen, sancionando todos sus detalles, cubriendo y defendiendo todos sus actos de tiranía. La sombría historia de la dictadura comunista en Rusia no conoce un solo caso en que el anarco-bolchevismo haya protestado contra tal o cual acto de las autoridades. Al contrario, les cantó siempre ditirambos con un celo de esclavo. Así la pena capital aplicada en proporciones y con un vigor espantoso tanto en el frente como en el interior del país por los bolchevistas, — aplicada a los hijos del pueblo — no ha podido decidir a los anarco-bolchevistas a protestar.

...

Parece increíble y es espantoso que una cosa tan monstruosa como el anarco-bolchevismo haya podido abrirse campo en las filas libertarias. Y sin embargo es justamente así donde tuvo lugar. Todos los principios del anarco-bolchevismo fueron consuetudinales en nombre del anarquismo, en el ambiente anarquista, bajo la bandera del anarquismo. Más aún: en nuestro mismo medio el anarco-bolchevismo no es, hasta el momento, definitivamente apreciado ni definido. Hay todavía anarquistas que lo consideran como una cierta "fracción del anarquismo". Al mismo tiempo el anarco-bolchevismo no sólo trata por su parte de permanecer bajo el escudo del anarquismo, sino de instalarse en él solidamente.

A dominación de las circunstancias, esta organización, puramente bolchevista ha logrado instalarse en el medio libertario, erigir las ideas del anarquismo, difundir su bandera.

Principalmente en primera línea, porque los hechos anarquistas están siendo sofocados, pulverizados. No falta de organización, no es de tal modo habitual, que antes que los verdaderos anarquistas, separados, hayan tenido tiempo de apelar a las voluntades de los comités de control y de las palabras de orden al anarco-bolchevismo, haya logrado ya implantarse en nuestro ambiente y realizar su obra criminal. Finalmente, del obra ha sido

hecha sin ningún espíritu de organización. Durante toda la revolución, el anarco-bolchevismo no obró jamás como una fuerza unificada. Esto confirma nuestra definición de que no representa un movimiento social y político a parte, sino que es el producto de la demagogia bolchevista. Sólo en estos últimos tiempos han sido hechas tentativas para unificar y coordinar entre sí los "actos" de todos los anarco-bolchevistas. Los esfuerzos para desorganizar de nuevo las filas revolucionarias de los anarquistas, para conducir el anarquismo en su conjunto a una situación subordinada ante el bolchevismo, no cesan.

Estamos seguros sin embargo que esta vez el anarco-bolchevismo tendrá menos éxito que antes.

La experiencia de la revolución rusa enseña imperativamente a los anarquistas que tienen que estrechar sus filas en orden de batalla y no dejar rendir su mano.

La verdadera faz y el rol del anarco-bolchevismo aparecen a la luz del día. Los anarquistas de todos los países testificarán, la firmeza, nequeará ante el y le indicarán el puesto que le conviene sin dejar dominar por una sentimentalidad que sería perjudicial.

P. ARCHINOF

(De Anarchitchesky Vestnik, Berlín)

(1) El "esmenovitchismo" (cambio de frente) es una corriente que se manifiesta en ciertos medios de la "intelligencia" burguesa y agraria y que tiende a considerar el bolchevismo como la única fuerza capaz de crear en Rusia, en las condiciones actuales, un Estado legal y de llevar el país hacia una reconstrucción nacional y estatista, fuerte y amplia.

Valor moral de la organización sindical

Muchas veces se ha reprochado a los socialistas y a los anarquistas el hablar siempre a los obreros de derechos y jamás de deberes.

Al menos en parte el reproche no es infundado. Naturalmente, cuando nosotros aceptamos la idea del deber y hablamos de "deberes de los trabajadores", entendemos hablar de los deberes que los obreros tienen hacia sí mismos, entre ellos, hacia sus familias, hacia la humanidad en general. No nos referimos a pretendidos "deberes hacia los patrones", desde el momento que los obreros respecto de aquellos se encuentran en la condición de oprimidos y de víctimas. A los patrones, como tales, les negamos el derecho de existir, — es decir, queremos que cesen de ser patrones, para volverse trabajadores iguales a todos los otros: sólo entonces tendrán derechos y los otros tendrán hacia ellos los deberes de la fraternidad humana.

Los trabajadores, a través de sus organizaciones, llegan a menudo a tratados con los patrones, realizan concordatos sobre el trabajo y sobre los salarios, toman compromisos recíprocos temporales, etc., así como entre dos ejércitos enemigos se establecen treguas, pactos para el cambio de los prisioneros y todo lo que interesa a la común superior humanidad, pero siempre permaneciendo enemigos.

Alguna vez se ha discutido, en los ambientes obreros, si los trabajadores tienen o no el deber de observar los pactos por ellos mismos consentidos, y firmados en su nombre por las organizaciones, con los patrones. Hay quien dice que los trabajadores no deben cuidarse de estos pactos, que apenas tengan fuerza suficiente o interés de burlarlos. Yo no soy de este parecer, a menos que se trate, excepcionalmente, de pactos firmados por fuerza y bajo la amenaza de daño a los firmantes, o por sobrevenir hechos nuevos más vastos que liberen automáticamente de todo compromiso a unos y a otros.

Soy de parecer que en líneas generales las organizaciones obreras deben respetar los compromisos tomados, no porque éstos signifiquen un "deber" para con el enemigo, sino por un sentido superior de dignidad personal y de clase, por un alto deber para consigo mismos de respeto y de salvaguardia de la propia personalidad moral. Los obreros organizados deben sentirse, frente a la burguesía, los representantes de una civilización superior; deben vencerla también moralmente y

por lo tanto no deben darle el derecho o el pretexto de poner en duda su palabra y la validez de su firma.

Habría, en apoyo de mi opinión, otras consideraciones de carácter utilitario y de oportunidad — en cuanto el romper por comodidad o interés (siempre momentáneo) los pactos ya concluidos puede, en las actuales condiciones de inferioridad del proletariado, ser más perjudicial que beneficioso, pero no quiero ocuparme de ellas, porque repito que las razones principales son de carácter moral.

Los trabajadores no deben heredar la ética inmoralidad de las actuales clases dominantes para las cuales los tratados son chiffons de papier, que se finge respetar mientras resultan cómodos y se rompen y pisotean cuando fastidian.

...

La organización obrera debe responder a una doble función: ser, en sus relaciones con el exterior, la ciudadela armada que defiende los derechos de los trabajadores, y al mismo tiempo ser interiormente para los trabajadores una escuela del deber.

El primer resorte inicial de la organización es el interés de clase, esto es cierto; pero no le impide a la clase pasar del interés material al interés moral de la educación, de la cultura, del desarrollo de los sentimientos humanos de fraternidad y de justicia. Por lo demás, la misma solidaridad de clase, entendida en el sentido más material, es ya un notable progreso moral sobre el estrecho egoísmo individual, sobre el feroz interés personal que no quiere ocuparse de los otros. La conciencia de clase eleva la conciencia individual y la encamina hacia la formación de la conciencia humana, social, universal.

Desarrollando entre los trabajadores el sentimiento de la solidaridad recíproca, la organización obrera rinde un gran servicio a la causa de la civilización. La solidaridad es al mismo tiempo un derecho y un deber; y a la organización se debe la formación de la moral nueva entre los obreros, según la cual el que falta a la solidaridad hacia los compañeros de lucha y de trabajo es un traidor que comete un delito superior a los delitos previstos por los códigos burgueses.

Este delito no tiene y no debe tener la sanción de alguna pena establecida a

priori. Pero la entrada en la conciencia de los trabajadores de este sentimiento de repulión para la falta de solidaridad, es el comienzo del establecimiento en las vastas bases, entre las masas, del principio moral según el cual el mal hecho a los otros es como hecho a sí mismo; y el bien a los otros negado es un bien negado a sí mismo. Y la ausencia de sanciones penales es la mejor garantía de la bondad y de la legitimidad de tal sentimiento moral.

Grave error — viene aquí a punto el decirlo — cometen entonces aquellas organizaciones obreras, pocas por suerte, al menos en los países latinos, que imponen castigos materiales contra los violadores de sus reglas y contra los obreros que faltan a su deber de la solidaridad. En toda lucha es humana y justa la defensa contra los traidores; y con esto, mientras dura la lucha, no se deben tener miramientos de ninguna clase. Cuando un obrero se alía a los patrones es tratado como un enemigo en guerra. No es el caso, en tal eventualidad, de medir los golpes; pero hay que guardarse de transmutar lo que es necesidad de la guerra hecha contra la burguesía, en norma habitual o en especie de código penal regulado por frías normas de procedimiento.

El obrero puede volverse, excepcionalmente, el justiciero de su semejante, pero nunca su verdugo. Nosotros comprendemos los actos de justicia de la revolución, y no los condenamos aunque puedan excederse; pero no comprendemos ni aprobamos los actos de represalia decididos por un tribunal, no importa si burgués u obrero, ni que la pena sea sancionada por un código del Estado o por el estatuto de la Liga.

La organización obrera no debe dar este carácter a sus actos. Su fuerza, al combatir a los enemigos internos ha de basarse sobre todo en el consenso unánime en el sentimiento del común deber. Este, siempre más difundido, basta a la defensa más que cualquier proximidad o fijada limitación de libertad. La organización obrera, desarrollando tal sentido del deber y de la solidaridad, generaliza siempre más esa moral sin obligación ni sanción, que será la moral de la sociedad libertaria basada en la armonía entre el derecho y el deber, — entre el deber individual y el derecho social, entre el derecho individual y el deber social.

Una prueba de la eficacia moral de la organización obrera la hemos tenido en el pasado (1): en un hecho espontáneo: la frecuencia de las huelgas de solidaridad.

Se puede decir que la mitad de las huelgas que en todas partes han sido declaradas por la masa obrera no han tenido origen directo en interés, sino en hechos por aumento de salario, mejoramiento de condiciones de trabajo para los huelguistas, sólo por razones de solidaridad, por razones de principio. Con frecuencia — antes de la guerra — la huelga estallaba para protestar contra un abuso patronal en caso de un solo individuo, por un licenciamiento injustificado, para apoyar reivindicaciones de otro gremio, para defender la libertad de organización, etc.

Y eran estas las huelgas más eficaces, las que la clase obrera imitaba y aceptaba con mayor vigor e intensidad, las que no se transigía sino cuando todas

las fuerzas estaban agotadas; y eran estas las huelgas más fácilmente coronadas por la victoria. Difícilmente se encontraba en las huelgas por razones puramente económicas el entusiasmo que animaba las huelgas en defensa de un derecho violado, lo mismo individual que colectivo. Las huelgas generales han tenido casi siempre un origen casi exclusivamente moral, de afirmación de solidaridad.

Se ha dicho muchas veces, pero injustamente, que la clase obrera no se conmueve por las ideas, por los derechos abstractos. Si en los tiempos en que la organización estaba en su mayor vigor, en Italia, hubiéramos entrado en una cámara del trabajo al día siguiente de una infamia perpetrada por el gobierno o por la clase patronal, aunque fuera contra un solo trabajador, habríamos tenido la impresión de hallarnos en un campamento en la víspera de una batalla. En vano los jefes, a menudo más moderados que la masa, aconsejaban la prudencia, adelantando propuestas de conciliación y de sumisión. Todos estaban excitados a la resistencia, a la lucha; y la masa concluía casi siempre por arrastrar a los jefes titubeantes, decidiendo la lucha a ultranza — lo que sucedía con mucha frecuencia cuando se trataba de una reivindicación parcial exclusivamente económica.

En qué medida las masas obreras son sensibles y capaces de elevarse a la comprensión del ideal, podíamos constatarlo en los mítines y en las conferencias. Las asambleas, las multitudes podían también seguir con atención el desarrollo de una tesis a base de estadísticas sobre los salarios, o la explicación de un proyecto de ley social; pero se conmovían, se entusiasaban hasta el delirio sólo cuando algún orador pasaba de la cuestión material a un más alto principio ideal, cuando agitaba problemas de justicia y de libertad, cuando se dirigía a los más profundos sentimientos humanos y hacía resaltar ante los ojos de los trabajadores la visión de un porvenir de paz y de fraternidad para sus hijos.

Cuando en una ciudad o en una nación sucedía un hecho no común de abuso y de violencia estatal, casi instintivamente la clase obrera organizada abandonaba los talleres y de la sede de sus ligas bajaba a la plaza. Como ejemplo típico, basta recordar el estallido unánime con que la clase obrera en 1900 se levantó en todo el mundo civil como un solo hombre, desde Londres a Buenos Aires, desde New York a Roma, desde París a Bruselas, al anuncio del asesinato de Francisco Ferrer.

Las huelgas generales — generales para una ciudad o para toda la nación — realizadas en Italia desde el 1900 en adelante han estallado casi todas instintivamente, por espontáneo impulso popular; y con gran trabajo, en los últimos tiempos, hasta el 1915, los reformistas conseguían impedir y limitar otras en el tiempo y en el espacio.

Si en Italia desde el 1900 en adelante la libertad de reunión — una libertad siempre relativa a las condiciones sociales actuales, se entiende — fue un derecho adquirido, al que no se le hicieron más hasta el 1915, los derechos sufridos antes de entonces, esto en parte se debió a los cambios políticos determinados por la muerte de Umberto I, pero en gran parte también a la fuerza desarrollada por las organizaciones, cuya primera y más notable resistencia se afirmó de

modo solemne justamente con la huelga general de Génova en el 1900.

Todos los partidos y todas las ideas se beneficiaron de aquella conquista de la organización; una conquista de libertad que pospuso todas las razones económicas, procurando sin embargo un innegable mejoramiento económico al proletariado.

Nos objetarán los desconfiados y poco amigos de la organización obrera, que estos movimientos espontáneos del proletariado se deben muchas veces a los obreros desorganizados; y, al menos en parte y por las razones más avanzadas, esto es cierto. Pero significa simplemente que la acción de la organización obrera no limita su influencia a los solos organizados, sino que también ejerce en torno a sí como por irradiación una fuerte influencia sobre todo el resto del proletariado de tendencias rebeldes.

Indudablemente todo el movimiento obrero, la resistencia al capitalismo, la lucha por la libertad de los trabajadores y todas las formas de revuelta colectiva contra la soberbia patronal y estatal, en los últimos cuarenta años, han tenido un origen y tomado su fuerza en la organización, sin la cual no hubiera habido de parte de la masas obreras sino movimientos efímeros sin resultados apreciables.

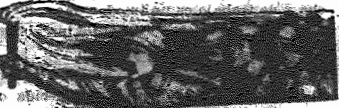
Por desgracia, y este es el mal de que nos ocuparemos otra vez, los reformistas (2) — que son los conservadores más iluminados de la sociedad burguesa — dándose cuenta de la fuerza que la organización obrera puede poner a su disposición, tratan de hacerla desviar de sus propósitos naturales y hacerle perder de vista sus fines económicos, políticos y morales. Pero si esta es una razón para oponerse a la obra constructiva del reformismo, no lo es para desinteresarse de la organización misma.

Al contrario, hay que interesarse con mayor cuidado, y reaccionar al mismo tiempo contra el excesivo utilitarismo materialista, de que se origina el reformismo. El cual por la preocupación de las solas ventajas materiales inmediatas descuida el objeto más importante de la organización proletaria: el objeto de una educación idealista del proletariado, vale decir de su elevación moral, sin la cual la revolución social será siempre incompleta e imperfecta.

Luigi Fabbrì

(1) Digo en el pasado para Italia, ahora que la reacción impide todo movimiento de solidaridad colectiva de los trabajadores; pero se puede decir en parte también para muchos otros países, donde la crisis de producción y de trabajo ejerce una semejante depresión del espíritu de solidaridad.

(2) Cuando hablo de reformismo a propósito de reorganización sindical, entiendo no sólo lo que más es conocido bajo este nombre, sino todas las tendencias oportunistas y acomodaticias, que con frecuencia se cubren de fruscas revoluciones, sindicalistas, comunistas, etc., o se insinúan inadvertidamente en las mismas organizaciones más avanzadas.



A propósito del último Salón de Otoño en París

Toda vez que hemos tenido ocasión de ocuparnos de las grandes manifestaciones artísticas de post-guerra, hemos señalado la doble orientación de la pintura francesa contemporánea en el sentido del naturalismo y en el sentido del neoclasicismo. La mayoría de los artistas optaban de ejecutantes. Sus telas carecen de toda voluntad de expresión lírica. Apegados únicamente a la solución de problemas técnicos, los jóvenes pintores reducen el arte al nivel de un oficio manual. El pensamiento, el pensamiento plástico

miento favorable. Para inspirar confianza bastaba simular, por una parte, un dibujo puro y un sentido delicado del estilo, por otra parte un gusto, pronunciado por la bella materia. Críticos y amateurs exigían a los pintores que fueran técnicos y artesanos. El sentimiento, la actitud adoptada frente a la naturaleza, la concepción del arte eran desahuciadas. El entendido moderno rebajaba la pintura al estado de un arte de placer. Bajo este ángulo, y bajo este ángulo único, se juzgaba la pintura en los círculos artis-



INGRES. (1780-1867) — Demudo

se comprende, había desertado de los cuadros del Salón. Por otra parte los artistas consideraban a un cuadro como una finalidad en sí, como un problema propuesto y resuelto. La funesta doctrina del arte por el arte, es decir, el arte desligado de la vida y confinado en el estrecho dominio de una profesión, no tardó en traer sus frutos. Un formalismo de escuela llegó a ser el distintivo de la joven pintura francesa. La crítica veía con simpatía esa vuelta aparente hacia la tradición, olvidando que un arte de espíritu retrospectivo estaba condenado a la decrepitud. El amaneramiento ingresco y ese neo-naturalismo que deriva de Courbet, encontraron en la prensa un acogimiento favorable.

Para inspirar confianza bastaba simular, por una parte, un dibujo puro y un sentido delicado del estilo, por otra parte un gusto, pronunciado por la bella materia. Críticos y amateurs exigían a los pintores que fueran técnicos y artesanos. El sentimiento, la actitud adoptada frente a la naturaleza, la concepción del arte eran desahuciadas. El entendido moderno rebajaba la pintura al estado de un arte de placer. Bajo este ángulo, y bajo este ángulo único, se juzgaba la pintura en los círculos artis-

inexpresivas. No puede convenir, por ejemplo, para el estudio de esos dos representantes del romanticismo francés en pintura que se llaman Jorge Roualt y Maurice Vlaminck.

Aplicada al Salón de otoño de 1923 arriesgaría de hacernos desconocer los caracteres más típicos del arte contemporáneo. Es que hay algo de cambiado en la pintura francesa. Síntomas de renovación del arte de expresión aparecen a los ojos de los que saben ver. Si los partidarios de la composición por la composición, arreglo de las figuras, que concurren al efecto de conjunto, pero que carecen de toda idea motriz, son todavía numerosos, si el amaneramiento ilustrativo y académico no ha perdido aún todos sus derechos, la influencia más francamente perceptible en este Salón, que conserva a pesar de todo una gran juventud de espíritu, es la de Maurice Vlaminck. Se debe a él esta nueva in-

moderno, y cuya obra ha llevado a los pintores a explotar los recursos del arte de la pintura, sacrificando la lógica visual al cuadro, a la realidad plástica. Cezanne es la piedra angular del arte contemporáneo. Sin duda se han realizado al margen del campo de su acción obras tan ricas y emocionantes como es la obra de Maurice Utrillo, pero jamás se ha llegado a la solución de los problemas esenciales: el de las relaciones nuevas entre el color y la forma y el de la profundidad plástica, separándose del campo que él ha trazado. En el instante que Corot toma el lugar de Cezanne en el espíritu de los jóvenes pintores, es necesario recordar que todo renacimiento a las conquistas del maestro de Aix-en-Provence, que toda tentativa por fundamentar las búsquedas actuales sobre una base más clásica, en el sentido literal de la palabra, es un desfalecimiento y un síntoma de regresión.



VLAMINCK — Paisaje

finencia, debida en parte a la reciente evolución del gran paisajista que ha llegado a conseguir un color concreto y material, conservándole siempre su carácter de elemento dramático, como un feliz síntoma de renovación. Sin duda muchos pintores utilizan la técnica pictorial de Vlaminck con la intención de ocultar la pobreza de sus medios, su sequedad y su indigencia, pero otros, muchos otros, adaptan esa técnica a las necesidades del propio espíritu creador y la ponen al servicio de su voluntad de expresión personal. Constatemos que el arte, rudo y entero en su crudeza, de Maurice Vlaminck ha tonificado la pintura moderna y que ese estimulante ha permitido a más de un artista exteriorizar su visión interior.

La Retrospectiva de las retrospectivas de este Salón debe considerarse como una simple atracción? Resumiendo, expuestas fánicas de la obra de artistas que ha presentado y a veces revelado al público, el Salón de otoño, ¿ha querido solamente recapitular la suma de sus esfuerzos o ha pretendido poner, una vez más, bajo los ojos de los pintores algunas obras típicas y significativas? Entre los maestros que figuran en esta retrospectiva, ¿cuál puede pasar por un guía? El movimiento artístico de ahora es demasiado complejo y por demás multiforme para que pueda colocarse bajo la égida de un sólo pintor. La obra de Cezanne parece bien olvidada. Cezanne permanece, sin embargo, el verdadero iniciador del movimiento

STEINLEN

El pintor de la miseria ha muerto

Un admirable artista acaba de morir: Steinlen, el pintor de los pordioseros. ¡Steinlen! Ningún obrero debería ignorar este nombre, pues fué de esos artistas a cuya probidad sólo iguala el talento.

Nacido en Lausanne, llegado joven a París, naturalizóse francés en 1901. Trabajó conocimiento al principio con la negra miseria, la que han sufrido tantos jóvenes artistas, poetas o pintores. Pero Steinlen no debía permanecer mucho tiempo en la sombra, su talento fué rápidamente destacado por el "Chat Noir" y desde entonces una colaboración continuada en los periódicos satíricos le permitió trabajar y ahondar más su obra. Dibujó regularmente en el "Chambard",

el "Gil Blas Illustré", el "Mirliton", el "Assiette au beurre". Entregó a "L'Humanité" caricaturas y composiciones que todos recuerdan todavía.

Sólo se conocen bien los medios en los cuales se ha vivido y los hombres que se han tratado. De ahí que Steinlen tuviese visiones tan justas y tan dolorosas del mundo popular.

Su pluma tradujo con admirable exactitud los poemas de Jean Ristat, y las canciones de Aristides Bruant y de Pablo Delmet.

Con seguridad asombraba sorprender en vivo los gestos humildes y consuetudinarios de los trabajadores. Su lápiz registraba siluetas de mendigos bajo el manto de la noche, esas siluetas consumidas que nadie pudo hacer vivir con tanto vigor.

Ciertos rasgos de pluma recuerdan la manera incisiva de Forain. Steinlen, también, comenzó en la miseria. Él también conoció los días sin pan y las penurias en que hermanos duermen tres o cuatro: hoy, forma parte del Instituto. ¡El que fustigaba tan duramente los comerciantes, los agiotistas, los oportunistas, se sentaba a la mesa con café y traje verde! Irrisión.

Mientras que el otro, el gran Steinlen, ha muerto dejando treinta francos para gastos de entierro. ¡Ah! ¡miseria! Qué vergüenza ha debido arrojar el rostro de estos oportunistas del arte, cuando supieron que uno de los suyos, el más hermoso, reventaba en la miseria. ¿Cómo había vivido?

Pero, siempre quedará, serena y elevada, la figura del dibujante Steinlen, aún cuando todos los habitantes del Instituto hayan desaparecido de la memoria de los hombres.

(Le Libertaire)

Algunos precursores del anarquismo moderno

Esbozos biográficos y extractos

I Ernest Courderoy — (1825-1862)

II

La derrota de las esperanzas de 1848, desde las jornadas de junio hasta el golpe de Estado de diciembre de 1851, no desanimó a Ernest Courderoy que, desde 1852, se puso a redactar un gran trabajo que meditaba: *De la révolution dans l'homme et dans la société* (libro acabado en julio y publicado en septiembre en Bruselas, 240 páginas de impresión menuda). Como médico había observado a menudo las enfermedades, las crisis, que destruyen, pero que renuevan también a los hombres, como los ataques y defensas, las luchas de las revoluciones en el cuerpo social. "No han sido perdidas para mí las horas pasadas en los anfiteatros... Yo observaba la escena de las últimas luchas que la vida y la muerte ventilan en nuestra frágil organización; admiraba los trabajos de defensa de una y los planes de ataque de la otra, cuando ambas, para obtener la victoria, despliegan sus esfuerzos supremos. Y es en el estudio del trabajo de composición y de descomposición de un órgano como penetré los misterios de la destrucción y del renacimiento de una sociedad." — escribió más tarde. Su libro tiende a demostrar "que la revolución es immanente y permanente en la humanidad"; porque, dice aún, "en el universo las transformaciones se operan por catástrofes, en la sociedad por revoluciones, en el hombre por crisis". Quería continuar la elaboración metódica de esta tesis, que reconocía no ser nueva, pero que le había fascinado como médico que pasó verdaderamente su juventud más hermosa en los hospitales, por una contraparte: *De l'hermione dans l'homme et dans la société*, pero este estudio se perdió, en el caso de que haya sido redactado o terminado. Por lo demás interrumpió ya en 1852 su trabajo metódico por un gran capítulo más vivo: "La revolución democrática y social" y un epílogo: "El destierro", donde escribe al fin francamente: "soy anarquista" y nos hace ver el fondo de su pensamiento. Proclama otra de sus ideas, la que le hizo aparecer muy a menudo como un autor simple-

mente curioso o sobre todo amante de la paradoja: no viendo ya fuerza revolucionaria en el proletariado aplastado en junio de 1848, ni evidentemente en la burguesía, aunque se llame republicana o socialista a la moda de 1848, buscaba un agente destructor capaz de destruir las sociedades actuales y de producir el caos, de donde saldría la renovación — y no encuentra más que "la revolución que abra su camino en medio del despotismo", "la revolución por el mal", y dice: "no habrá revolución en tanto que no vengamos los cosacos".

Discutir sus ideas principales después de haberlas presentado por extractos o resúmenes en un artículo siguiente; no me detengo aquí, pues, en esa idea que no es preciso juzgar según esas pocas palabras y que no se presta a una interpretación comunista dictatorial o bolchevista. No queriendo interrumpir el relato puramente biográfico no digo más que esta idea, demasiado mal comprendida cuando se la encuentra por primera vez, sirve de pretexto como para pasar en silencio toda su crítica, las verdades libertarias que proclamaba. Esta actitud le excitó y fué impulsado a insistir todo lo posible sobre tal idea, lo que perjudicó al equilibrio de la obra. Pero en sus últimos escritos esa frecuencia disminuye. Si hubiese emitido sus ideas en una forma menos asquerosa a las críticas superficiales fáciles, habría estado menos aislado, aunque en ese caso también sus enemigos, los jefes de las escuelas y de los partidos, habrían encontrado sin duda otro pretexto para incitar a sus sectarios contra este libertario incómodo.

En 1852, por lo demás, simultáneamente con la delantera y atacó a los grandes jefes con un folleto vivaz, de un verbo pausante, escrito en colaboración con Octave Vauthier, su amigo, Joren proscrito y hermano de uno de los presos del 12 de junio de 1848. Maximal, como era su hábito, había atacado violentamente al socialismo en un discurso del 11 de febrero de 1852. Las respuestas de los diversos socialistas franceses que se encuentran en el folleto "Des socialistes français et Maximal" (Bruselas, 1852) y

Waldemar GEORGE
(*"L'Amour de l'Art"*)

una reunión del 25 de junio de 1852, convocada por el grupo la Comuna revolucionaria, daban de tal modo pie a una crítica, no sólo burguesa y mezquina como la de Mazzini, sino antiautoritaria y verdaderamente revolucionaria, que los dos jóvenes proscripios encontraron conveniente romper los vidrios y lanzar el folleto satírico, vehemente y amargo: *La Barrière du combat* o último gran asalto que acaba de tener lugar entre los ciudadanos Mazzini, Ledru-Rollin, Louis Blanc, Pierre Leroux, Etienne Cabet, Martin Nadaud, Malarmet, A. Blanchi (de Lille) y otros. Héroles del Norte por Ernest Coeurderoy y Octave Vauthier. (Bruselas, 1852, 23 páginas).

La situación era realmente tal, que toda la proscripción, los Ledru-Rollin, Louis Blanc, Leroux, Cabet, Puyat, blanquistas y proudhonianos e independientes, refugiados del 15 de mayo y de junio de 1848, del 18 de junio de 1849 y del golpe de Estado, todos estaban de tal manera divididos unos contra otros y según a sus grandes jefes en tal forma que los esfuerzos de cooperación contra Mazzini o el formar una "Unión Socialista" eran demostraciones platónicas o condenadas al fracaso; además, comprendían los anarquistas de esa época, serían vanos los esfuerzos en Francia donde cada grupo no soñaba sino con llegar al poder exclusivamente, con expulsión de todos los demás. Estos dictadores en ciernes, lo han demostrado de septiembre de 1870 a mayo de 1871, cuando la unión preconizada debía llevar de nuevo a la masacre de la semana de mayo, a la muerte de la Comuna de París, como la unión de las jornadas de febrero de 1848 había llevado a las persecuciones después del 15 de mayo y a las masacres de proletarios en junio. Coeurderoy y Vauthier conclieron un desprecio soberano por esos grandes jefes en busca de su dictadura, y la *Barrière du combat* desencadenó el furor de esos jefes que encontraron pronto medio de denigrar a los autores bajo el pretexto de la paradoja cosaca pronunciada por primera vez en ese folleto en junio de 1852.

Casi esos mismos días, el 24 de junio, otro anarquista, inspirado por una indignación semejante, el obrero Joseph Dejacque, cuando los proscriptos se reunieron en los funerales de Goujon (de Beau-ne), recitó los versos que hallé en una hoja litografiada: ("Vers recités le 24 Juin, 1852, sur la tombe d'un Proscrit") y que se hallan también en su colección de poemas: *Les Lasaréennes* (segunda edición, New Orleans, 1857) y en los que dice: "Hoy como entonces (junio de 1848), asesinos y víctimas — se encuentran en presencia. Enseñanza sublime! — Los que nos proscriban a su vez son proscriptos. — La cuchilla de los fillos de la fuerza brutal, — con la que herían el derecho rebelado en París, — la cuchilla está contra ellos en una mano rival, — al fin dada vuelta. — Y es que el crimen llama siempre al crimen. — El golpe de Estado de junio, ese vampiro anónimo, se ha encarnado en vosotros, truhánes, en vosotros, burgueses. — 11 de diciembre (1851) no es más que su hijo ilegítimo. — Ex-bravos de la autoridad, golpeados el pecho y ante este altar, que amandando el pasado os ilumina el presente. — No hay más que un talismán para todos: la libertad! — Coeurderoy ha descrito, probablemente, que en parte habían sido proscriptos y masacrados de junio y en espíritu eran por decirlo así todos — en uno de los capítulos perdidos, titulado: "Tablas mortuorias", en todo caso los recuerdos de G. Lafrenay (1857) nos han conservado un rastro de testigo.

Después de la publicación de su primer libro, en septiembre de 1852, Coeurderoy vino probablemente a alojarse para un tiempo en la hipódromo cosaca, donde se dedicó a escribir las partes correspondientes a Suiza e Inglaterra de sus *Jours d'Exil*, de las que no pudo hacer más que un gran sermón de capitales que se perdieron después. No se conserva más que los títulos: "Continuación de los recuerdos de Lafrenay" — "Nuestro capítulo de Suiza" — "Continuación sobre el derecho de asilo" — "Nuestro capítulo de Suiza" — "Segunda parte de contrabando (de Suiza a

Londres) — Londres, después de media noche — Irlanda en Londres — Los hijos de Neptuno — La Venus cartaginesa — El culto a Mercurio (descripciones). — Francia en Londres — La proscripción — Medicina como no se hace (su propia experiencia) — La policía en paños menores (incidente desconocido) — El dos de diciembre — Cuadros mortuorios — Cornet (muerto en duelo por el proscripo Barthelemy) — Sobre la muerte — La emigración en América"

En la primavera de 1853 se va a España, pasa el verano en Madrid, luego un "tercer viaje de contrabando" le lleva por poco tiempo a Francia donde, en condiciones desconocidas, ha debido volver a ver a sus padres y probablemente a su futura mujer. Vuelve a entrar en España, donde se siente muy a gusto, "porque me había aclimatado maravillosamente en el paraíso de la tierra, en las hermosas Españas!" ha escrito en febrero de 1864. Permaneció en Bilbao, San Sebastián, Santander, Coruña y Madrid, se creía que visitó también a Lisboa, pero esto no es cierto. Un viaje de Vigo a Londres a fines del invierno de 1854, para hacer componer su segundo libro, *Jours d'Exil*, primera parte (Londres, 1854, 299 páginas), volumen que comprende los recuerdos e impresiones autobiográficas diseminadas en ensayos críticos, teóricos, en sueños y fantasías, — en una palabra, sea crendo allí un cuadro amplio y libre, donde al lado de sentimientos y de efusiones expresados en un lenguaje poético que, naturalmente, es el de su tiempo y no el del nuestro, hallamos, en mi opinión, verdaderos tesoros de descripción y crítica social, concepciones puramente anarquistas de elaboración práctica, como los sueños más lejanos de la anarquía, y sobre todo la rebeldía, el desprecio hacia el viejo mundo autoritario, a su crueldad y a su hipocresía, la marchitez de los jefes, etc., — todo expresado en palabras brillantes que llegan al corazón; pero también el lector reflexivo encontrará allí una mina de ideas que valdrá la pena recoger y profundizar.

Volvió a España y se fijó en Santander (abril, mayo de 1854); desde allí entabló una discusión con los republicanos de matiz moderado que publicaban el periódico *L'Homme*, en Jersey, luego en Londres; su teoría de los cosacos fue el asunto, y sobre eso escribe también a Alejandro Herzen (27 de mayo), carta incluida en la colección rusa de los escritos póstumos de Herzen, publicada en 1871 en Ginebra. La polémica con *L'Homme* fue reproducida por él en el folleto rarísimo *Tres cartas al periódico "L'Homme"*, órgano de la demagogia francesa en el extranjero, por Ernest Coeurderoy (Londres, sin fecha (1854), 28 páginas). Se le insultó como "un nuevo Eróstrato"; solo su amigo Alfred Talandier, socialista independiente, publicó un folleto "*A propos d'une polémique récente*" (Jersey 1854 (junio), 10 páginas) donde razona de una manera cortés, como lo hace también Joseph Dejacque en su *Libertaire* del 18 de agosto de 1859 — argumentos sobre los que volveré en próximos artículos. Alejandro Herzen, amigo, por lo demás, de los grandes jefes de la proscripción, a quienes Coeurderoy maltrataba como libertario que era, no pareció haber visto más que el lado excéntrico de la proposición cosaca de Coeurderoy; es verdaderamente una lástima que éste no hubiese podido entrar en el cambio de ideas con Bakunin, encerrado en la fortaleza durante esos años. Es seguro que Bakunin ignoró su existencia hasta que en 1871 conoció el libro póstumo de Herzen; era también amigo de Alfred Talandier, en Londres desde 1852, que habría podido hablarle de Coeurderoy, y en Ginebra el internacionalista Duplex conservaba en su casa un depósito de escritos de Coeurderoy, pero Duplex fue enemigo encarnizado de Bakunin y no cuidó poco de informarle sobre este autor desaparecido. También Elias Reclus, G. Lafrenay, P. Vassier y otros conservaban su recuerdo, pero nadie habló de él si se hace excepción de la noticia bastante precisa en el *Grand Dictionnaire Larousse*, en 1869, cuyo redactor, Pierre Larousse, era un patriótico de repatriamiento del Yonne.

Entre mayo de 1854 (Santander) y octubre (Turín) hizo aparecer un tercer

libro, compuesto de partes teóricas comenzadas a fines de 1852 quizás, y de capítulos recientes, páginas verdaderamente caldeadas al rojo, las "Visions" y "L'Exécution de la civilisation par l'épée". Este libro, un verdadero canto de demolición, se titula: *Hurrah!!! ou la révolution par les cosques*, por Ernest Coeurderoy (Londres, octubre de 1854, 437 páginas), no lleva la dirección de un impresor inglés y tiene toda la apariencia de estar impreso, sea en Suiza, tal vez en Ginebra, sea en rigor en Bélgica. No entro aquí en el contenido de ese libro, que debía tener un complemento (de que ha resumido el espíritu) que habría llevado por título "*Les Braconniers, ou la révolution par l'individu*" — y estos dos brillantes cuadros de la demolición social debían tener por continuación una obra que describiera la "reconstrucción socialista".

Pasó el invierno 1854-55 en Italia, de la cual sólo el Piamonte ha debido ser accesible entonces. Sus impresiones de Turín y lo que escribió entonces son más bien tristes, y sin embargo son quizás sus páginas más bellas, sus sueños más sublimes que concebía entonces: "El martirio del pueblo trabajador", "El proletariado de Turín", "El infierno de la tierra", su capítulo del martirio de la mujer ("Maria Chapelle"), su utopía ("Una fiesta universal en Lisboa, Trifunfo de Venus"), que escribió un poco más tarde en Annecy, en septiembre de 1855. Sufrío un estado de gran depresión nerviosa por esa época; recobra su salud en Annecy (Saboya), entre abril y junio de 1855, y el 6 de junio se casa en Ginebra con una muchacha de su país, hija de un médico, Germain Rampont, político también de matiz muy moderado y que murió en 1888 siendo senador.

Sin querer entrar aquí en el detalle, puedo decir que este matrimonio fue para el funesto, siendo la causa de su silencio prematuro como autor y más tarde de su muerte. Fue un asunto magnificado por el padre de su futura mujer, al cual los padres de Coeurderoy desearon de cambiar la vida errante de su hijo, se presentaron creyendo obrar del mejor modo; ha podido tener poco tiempo la ilusión de que una felicidad siquiera se le acercaba y la expresó en términos de verdadera alegría en su último libro, pero fue decepcionado más tarde. Sabemos aún que volvió a Annecy con su mujer, que sufrió una nueva crisis de enfermedad o de malestar y que fue expulsado de los Estados del rey de Piamonte el 22 de julio de 1855 "bajo pretexto de alienación mental". Fustigó este procedimiento y escribió aún páginas muy bellas, como la utopía de Lisboa (septiembre), que termina con un "Epílogo" (noviembre de 1855), pero no indica ya el lugar donde se encuentra, procurando ocultar su destierro.

Las últimas palabras, fechadas en noviembre, son un saludo ditirámico a Italia... "¡Salud! Italia, sol del mundo en el porvenir!" (Se puede, por diversas razones, suponer, de una manera puramente hipotética, que escribió estas páginas en el Tessino, quizás en Lugano, sobre una colina, mirando a la llanura Lombarda? Ha hecho quizás un viaje a Londres en donde fue impresa la segunda parte de los *Jours d'Exil* muy cuidadosamente, un gran volumen de 576 páginas (Londres, diciembre de 1855), comprendiendo sus impresiones de España, de Italia (Piamonte) y de Saboya. Una primera cubierta, anunciando un tercer y último volumen y el libro *De l'Homme dans l'Homme et dans la Société*, fue reemplazado, no se sabe en qué época, por otra que no contiene esas promesas de nuevos escritos.

Desde entonces se produce el absoluto silencio, según yo pude comprobar y saber, a excepción de una carta completamente formal dirigida al *National* de Bruselas (fechada el 28 de agosto de 1859) por la que declara como la hicieron tantos otros proscriptos, no quiere aprovecharse de la amnistía del 27 de agosto de 1859. Permaneció, pues, en el destierro, no se sabe dónde; Larousse, probablemente informado por algunos de su país, dice que "había en Italia desde 1856"; ¿Por qué? En 1862 él y su mujer habitaban una casita en la aldea de Poes, en el Cantón de Ginebra, a algunos pasos de la frontera de Saboya (entonces

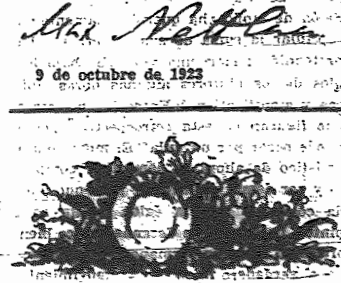
francesa). He visto esa casa y he conseguido informarme sobre su muerte de algunos supervivientes, testigos de las escenas trágicas que se desarrollaron allí el 21 de octubre de 1862. Fue una tragedia doméstica que, sea en una crisis nerviosa, sea con deliberación, o sea por accidente, produjo su muerte — se le encontró con las venas abiertas. Un proscripo francés a quien conocía ya en 1849 y que volvió a encontrar en Ginebra, fue el único que acompañó, según se me dijo, su féretro.

Se plantea la cuestión de saber cuáles han sido las razones de su alejamiento completo desde 1856 a 1862, cuando desde 1852 a 1855 tal actividad y estuvo hasta el último momento (diciembre de 1855) lleno de proyectos literarios, riéndose a discutir en sus escritos un gran número de asuntos. Según las informaciones que recibí en 1911, debo concluir que su matrimonio desgraciado, coetáneo, fue la causa principal, quizás una salud demasiado precaria, de que faltara la energía para acabar sus trabajos y hacerlos aparecer. Los recursos dependían sobre todo de su madre, que empleó ocultamente una parte de su fortuna para subvenir a las necesidades de su hijo y de su mujer; no habría podido pagar, además, a los impresores. Estaba en correspondencia seguida con su madre, que lo adoraba, y a la que comunicó sus planes y esbozos literarios hasta el fin, aunque no había comunión de ideas entre ellos.

Después de la muerte de su marido en 1866, la señora Coeurderoy pudo entregarse enteramente al culto del recuerdo de su hijo, de quien atesoraba y releía continuamente las cartas y la que poseía de sus esbozos literarios; tenía aún ejemplares de sus libros, así fue todo. Ha quemado este poco antes de su muerte en enero de 1884, a la edad de 32 años. Destruyó esos materiales cuya pérdida es irreparable, bajo la impresión del sentimiento que se conocía a nadie que se hubiese interesado por esos documentos y no quería verlos dispersados por un mercader ambulante o llevado a la caridad local. Como he dicho ya ha dejado todo lo que poseía a su ciudad y a los pobres del Hospicio (del que su padre había sido economo en otro tiempo) bajo el título de "Fondation Ernest Coeurderoy". Al instalarse el establecimiento, los papeles y documentos acumulados por la familia fueron destruidos sin miramientos; un siglo de acumulaciones, a juzgar por algunos pequeños restos escapados a la destrucción que se me mostraron: todo lo que quedaba relativo a Coeurderoy desapareció en esa ocasión.

Estos hechos no explican la rareza extraña de sus libros, que no llegaron jamás a Tonnere, salvo los ejemplares distribuidos por los padres. Si carecían de compradores, no existían menos por centenares, por millares. Yo me esforcé mucho por encontrarlos y he tenido ocasiones excepcionales: no he podido constatar en las bibliotecas y en las colecciones más que la existencia de 55 ejemplares de las seis publicaciones, pagamos 60 al tener en cuenta algunos catálogos de librerías. Han sido destruidos en el curso del tiempo por los depositarios o quedan aún viejos depósitos? ¿O tenía el autor muchos en su casa y han sido destruidos en 1862 después de su muerte? En todo caso son raros de primer orden en la literatura anarquista.

Qué se me permite hablar de todos estos detalles antes de haber presentado al autor mismo mediante extractos de su obra. Esto se hará en el artículo siguiente.



Primera juventud de Malatesta en Santa Maria Capua Vetere (1853-1870)

Errico Malatesta nació el 4 de diciembre de 1853 en la pequeña ciudad de Santa María, que está en el lugar de la antigua Capua, a algunos kilómetros de la Capua moderna, de la fortaleza de Volturmo, y algo más lejos del palacio de Caserta.

Casi al mismo tiempo, en junio de 1853, nació Gregorio, más tarde historiador de la edad media romana, aquella comarca en sus "Romischen Tagebüchern". Salieron de Roma, después de una noche en Velletri, los pentanos del Pontino son ahora un mar de flores. El paisaje en el cabo de Circe fascina... Por la noche en la hermosa Terracina del sur. El 20 de noviembre en Nápoles. Desierta existencia en Fiumi, donde pululan los mendigos. Murro coloposo. Floridos granados... Itri altamente pintoresca, con muchas torres y viejos muros. A medio día en Mola de Gata, vegetación exuberante de viñas y naranjos... Se atraviesa el Liris o Garigliano por un puente colgante cerca de Minturnae. Ruinas pintorescas, antiguo acueducto. Por la noche en Santa Agata... Las ciudades napolitanas son más alegres que las romanas; casas blancas por doquier, adornadas de ribetes flores.

Al día siguiente en Capua, ciudad hospitalaria situada en una rica llanura al borde del Volturmo. Campestre plaza urbana con verdes árboles. Iglesias triviales. Muchos militares. Después de media día, sobre el Aversa, a Nápoles. Llegamos aquí a las cinco y media de la tarde. Había un radiante arco iris sobre el Vesuvio. Encantadora noche de luna en el golfo oscuro...

Capua tenía en 1860 una población de cerca de diez mil habitantes y una fuerte guarnición. Como centro administrativo de la provincia llamada Terra di Lavoro, podía haber contenido una numerosa burocracia, abogados y terratenientes, cuyas grandes posesiones estaban en la rica llanura. Caserta, por su parte, con el castillo de los Borbones y sus extensos dominios podía ser un teatro de la vida aristocrática y cortesana. Santa María, situada entre ambas (ahora de unos 30.000 habitantes), era entonces una ciudad rural de pequeños agricultores y comerciantes, y además con muchos proletarios campesinos sin tierra, la rica llanura, la vecindad de las ciudades y de Nápoles mismo, que no está lejos, despertaba a la pequeña ciudad de su aislamiento; ahora es el centro comercial de Campania bastante floreciente y absorbida totalmente por la vida de negocios. Sería deseable que Malatesta mismo nos relatase como se desarrolló su primera niñez en esta entonces tranquila ciudad, pero que justamente en su juventud fue commovida por agitados acontecimientos que se sucedieron en sus contornos.

No sé si por las tradiciones y experiencias familiares y locales observó desde el principio el desarrollo económico de los Borbones o si, como los hijos de la milia algo acomodados (su padre hubo de ser activo en el comercio) en que los intereses materiales eran el primer interés, creció sin advertirlos, pero para tales niños los problemas sociales permanecen desconocidos muy a menudo. Pero cuando tenía de seis a siete años se despertó allí completamente el viejo espíritu de 1839. Entonces se había consumado la alianza de Europa, por cierto que ya en esa ocasión, pues la guarnición de la Capua oficial marchó contra la vieja Capua en Santa María, que no otro que Garibaldi mismo había entonces ocupado, y cual empezó allí una redada batallas y derrotó al enemigo atacante. Pronto fue sitiado el fuerte de Capua y dejó entregarse. Un año no dividirá nunca tales sucesos.

El pudo comprobar el deterioramiento de la vieja Italia por su representación en toda comarca todavía no conquistada desde la guerra de 1853, que después de Lombardía sucedió el viejo sistema en Módena, Parma, Piacenza, Bologna y más aún cuando en mayo de 1860, con un mes, Garibaldi arrancó Sicilia al reino borbónico,

y Nápoles y el sur se le aghirieron automáticamente, y el 7 de septiembre entró en el solo en Nápoles, recibido triunfalmente.

El ejército borbónico poseía todavía los fuertes de Capua y Gaeta, y la región norte del Volturmo. Las cosas sucedieron de modo que los garibaldinos, guiados por Turr, avanzaron justamente hasta Santa María, y desde el 15 de septiembre lucharon con la guarnición de Capua, unos veinte mil garibaldinos se encontraron frente a treinta mil realistas, y el 21 sufrieron su primer pequeña derrota en Cajazzo, al norte del Volturmo. Entonces Garibaldi asumió personalmente la dirección, y la mañana del 1.º de octubre se presentó en Santa María, contra cuya ciudad se adelantaron, atacando en la batalla de ese día siete mil soldados de Capua. Costó mucho esfuerzo rechazar este ataque general, pero se consiguió. Por consiguiente, Garibaldi no siguió hacia el norte. El 21 de octubre tuvo lugar el plebiscito que declaró la adhesión de Italia a Víctor Manuel, casi por unanimidad. Ahora invadió el ejército piemonés a Nápoles por el norte. Capua fué sitiada por los garibaldinos y piemonés y capituló el 3 de noviembre, después de un bombardeo. El 7 de noviembre entró Víctor Manuel en Nápoles, que Mazzini había abandonado anticipadamente y Garibaldi dejó dos días después, para volver a su isla de Caprera; para estos dos y para muchos de sus amigos había ya desaparecido el encanto de la aventura, deshecho el hechizo, mientras que las grandes masas apenas se disponían a aprovechar el botín.

Así vieron, pues, Santa María y probablemente también Malatesta, entonces de casi siete años de edad, más de seis semanas de verdadera guerra del pueblo, que en este caso fué extirpablemente victorioso. Si bien siguieron pronto grandes desilusiones políticas y económicas de otra naturaleza, pudo crecer ahora, sin embargo, en otra atmósfera de liberación espiritual, pues cuando menos derribó el dominio clerical y el despotismo estúpido y bárbaro que caracterizó hasta el último momento el tambaleante sistema de los Borbones. Que los detalles de la vida popular de todas las guerras del siglo XIX, vista desde la parte de Garibaldi, hicieran a un niño adversario de la guerra, no se puede exigir; más bien podían estas impresiones haber fortalecido en él desde el principio hasta hoy, la fuerte creencia de que así como se extirpó el sistema borbónico también todo el sistema capitalista actual puede ser derribado más rápidamente de lo que se cree de ordinario por medio de una intrepida iniciativa como la de Garibaldi, y más adelante, en algo más madura evolución, pudo haber jugado por los aprovechadores que se precipitaron sobre el botín, mientras Garibaldi proseguía su camino, que en una revolución victoriosa hay ante nosotros peligros por esa parte. En una palabra, me parece ser una particularidad de Malatesta que no cayó simplemente bajo el efecto de esas impresiones, sino que supo aclararlas, profundizarlas, desarrollarlas más claramente, hasta llegar a sus ideas actuales.

Pero si la iniciativa revolucionaria de Garibaldi despertó quizás el espíritu de Malatesta, también volvió a despertar, el de Miguel Bakunin, que después de ocho años de prisión en una fortaleza, pasó cuatro años en Siberia, donde soñaba con el desenvolvimiento de la región siberiana y con el desarrollo de las guerras nacionales y la federación de pueblos esclavos. La fama de Garibaldi, escribió, se extendió hasta los mismos campesinos siberianos, que lo llamaban Garibaldoff, y estos acontecimientos fueron para Bakunin el signo de que Europa, adormecida diez años, y después de las revoluciones de 1848 y 1849, estaba de nuevo ante grandes sucesos, a los que él quería dar una dirección revolucionaria. Se determinó, pues, a intentar la fuga, y lo consiguió. Después de grandes esfuerzos para el movimiento alavó y ruso y para la insurrección polaca (1862-1863) se dirigió, a fines

de 1863, a Italia, visitó a Garibaldi y a muchos otros patriotas revolucionarios y se fué a vivir a Florencia, y en los años 1865-67 a Nápoles. De esto nada podía saber el niño Malatesta, que crecía en la cercana Santa María, pero pocos años después hizo su primer viaje al norte de Suiza, donde debía encontrar a Bakunin (1872).

En el año 1861 tomó Santa María su ordinaria apariencia de tranquila ciudad rural, quizás también en los impulsos vitales internos, y no fué directamente alcanzada por los acontecimientos políticos de los próximos diez años. Los piemonés vencieron a las tropas papales en Castelfidardo y tomaron la Umbria y las Marcas, de modo que el dominio del papa quedó limitado a Roma y a las provincias circundantes, es decir, a los Estados pontificios. Desde este asilo, bandas de realistas napolitanos invadían frecuentemente el antiguo reino de Nápoles y naturalmente fueron llamados "bandidos" por los piemonés o italianos entonces dominantes. En veinte meses, de 1861 a 1862, fueron muertos 2293 de tales "bandidos", encarcelados 2677 y fusilados según las leyes militares 959. Estas operaciones, en las que se obró por ambas partes con extrema crueldad, tuvieron lugar en apartadas regiones montañosas y no pueden haber llegado nunca a la rica llanura capuana. Entonces Garibaldi, que había renunciado en noviembre de 1860 a su poder, con un desinterés raro en los jefes militares y políticos, debió, para proseguir su trabajo y poner un término al dominio eclesiástico romano, comenzar de nuevo, como jefe de una banda, con una tarea desesperada ante sí. En 1863, en los montes de Calabria, cerca de Aspromonte, tuvo un encuentro con los soldados italianos y fué herido; y en 1867, en Mentana, sus bandos eran vencidos por las tropas papales y los suávos, cuyos chassepots, como entonces se dijo, "hicieron milagros". Cuando aconteció esto a Garibaldi, que gozaba de una popularidad y de un prestigio tan grandes, se puede imaginar que los planes y las operaciones de los maxinianos para la instauración de una república según el espíritu de Mazzini, chocarían contra una resistencia estatal más fuerte. Pues el Estado no cambia nunca, por viejo o joven que sea, tanto si es napolitano como si es piemonés; Borbón o Savoiá. Tras todos estos sucesos obraba la política europea, especialmente la francesa en este caso; Napoleón III interrumpió siempre su veto a la posesión de Roma por Italia, y si no hubiese querido congraciarse con Italia para emplearla contra la Europa central, habría apoyado de la mejor gana las aspiraciones muratistas sobre Nápoles con lo cual reanimaría el viejo amor de la Inglaterra de los días de Lord Bentinck hacia Sicilia. Esta situación todavía precaria de las aspiraciones de los italianistas llevó tácita y poco solidamente a unos convenios entre el gobierno y el movimiento nacionalista para la conquista de Venecia y Roma; en caso de éxito habría pertenecido el botín a la monarquía de Víctor Manuel, como en 1859-1860; el riesgo del fracaso señalaba el destino de Garibaldi en 1863 y 1867, pues le atrajo naturalmente una simpatía general y una pronta amnistía; pero con ello había roto también su propio poder y no volvió a ser ya peligroso para la monarquía. Finalmente fué resuelto el problema de Venecia y Roma por los grandes acontecimientos de la política europea; la derrota de Austria por Prusia, en 1866, dejó Venecia a Italia, que cedió Napoleón III, al que había sido formalmente cedida antes por Austria, y la caída de Napoleón III en septiembre de 1871 hizo posible al gobierno italiano apoderarse de Roma en el más corto plazo. Después de esto y por muchos años, los maxinianos y los garibaldinos no fueron necesitados y se les consideró como un glorioso fragmento del pasado de la Italia monárquica oficial y como algo completamente innecesario en el interior del país para el presente.

Esta situación de la vida política italiana de 1860-1870, todavía inestable y que experimentaba asustadamente el pavor del Estado y de la dinastía, y los elementos progresivos pudieron haber dado al joven Malatesta, a lo menos la oportunidad de crecer en una cierta libertad, sin

opresión espiritual. Un gobierno que disolvía los conventos en 1864 y curas posesiones seculares, y que esperaba poner un fin al poder mundial del papa, debía favorecer el anticlericalismo. Se debía igualmente difundir la verdad sobre el dominio borbónico desde 1735 hasta 1860 para perjudicar las aspiraciones legitimistas. Los mártires de la independencia nacional fueron glorificados. Si esto es realizado por profesores inteligentes o por escritores y oradores apreciados, puede ser un motivo para que las conciencias autónomas pasen fácilmente del anticlericalismo al antimonarquismo y a las concepciones republicanas y del reconocimiento de las revoluciones nacionales al reconocimiento del derecho a la revolución en general. En todo caso, cuando se considera el resultado, la educación de Malatesta no pudo haber ido por un camino esencialmente diferente.

No tengo argumentos para suponer que se haya interesado especialmente por el pasado revolucionario, si bien me ha contado una vez que la historia de la Revolución Francesa de Mignet, un libro que poseía su padre, cayó tempranamente en sus manos y le cautivó. No se supone que era demasiado vivaz y práctico para leer mucho. Pero conoce naturalmente la historia revolucionaria y sabe narrar sobre Vicente Russo, Pisanes y muchos otros. Entonces, o más tarde, quizás también en las incontables horas de ocio, la época de estudio de muchos arquistas, cuando circulaban generalmente los grandes volúmenes de Herberich Spencer, pudo haber considerado también la historia de Italia y Nápoles, que da tantos argumentos contra el Estado y para la acción revolucionaria. En la historia de Simondi sobre las repúblicas italianas, en la no menos famosa historia de las revoluciones de Italia de Giuseppe Ferrari (1858) y en toda la literatura basada en ellas, se puede conocer la vida medieval urbana de las ciudades libres y federadas, la vida de los trabajadores en las guildas, las primeras luchas políticas y sociales, el desarrollo brillante del arte y de la sabiduría en todos los centros independientes, pero también la firme lucha de estas comunas libres contra el poder del Estado, ante el que finalmente sucumbieron. Y la historia, desde entonces, ha señalado para Nápoles dinastías extranjeras, Aragón, Borbón, que influyeron al país un despotismo sofocador y explotador, interrumpido por los agitados días de Massaniello, la breve república Partenopea, ahogada en sangre por el cardenal Ruffo bajo el amparo del almirante Nelson, y el reino de Joaquín Murat bajo Napoleón I. Tiranía y opresión por doquiera, sostenidas en un sistema agrario feudal y en el dominio de los señores, y por consiguiente la creciente ignorancia y las supersticiones del pueblo, anegando pobre a causa del más odioso feudalismo. Tal era la situación hasta 1800; ¿quién podría creer que el cambio político habría apartado esos males seculares? Un joven de corazón y de espíritu debía ver que era igualmente necesario combatir después de 1860 esa miseria como antes y reconocer sin dificultad que la lucha que en el pasado costó tantas víctimas, debía costar aún más esfuerzos y sacrificios.

Debió tardar o temerario saber quien era Tomás Campanella (1568-1639), autor de *Civitas solis*, el modelo utópico que inspiró la gran conspiración contra el virrey hispano y padeció 27 años de cárcel, siendo frecuentemente torturado. El episodio de Massaniello era todavía más generalmente conocido. Filippo Buonarroti, menos conocido en el sur que en Toscana y más al norte, fue sin embargo muy recordado como conspirador con Gracchus Babeuf y considerado en las cuarenta años siguientes como el centro más íntimo de las sociedades secretas. Pero sobre todo el joven Vicente Russo, de Nápoles (1776, ahogado en 1798), debía interesar a un napolitano como él lo había; en Fieschi (1836) se encuentran expresiones socialistas como las siguientes: "La gran desigualdad de la propiedad es el más odioso de los males de la humanidad. La revolución está llamada a cortarlo y a liberar del crimen a la tierra. Al símbolo de revolución vuelve la humanidad desde la agonía de la muerte a la vida y respira en la esperanza de ver nuevamente

